

Juan Manuel Rodríguez Tobal (Zamora, 1962),



EL AHOGADO

Como un viejo barquero la memoria
cuidadosa sondea los cabozos del río,
uno a uno recorre sus mortales engaños,
las heridas de un fondo
que no ha llegado nunca a conocer.

Al fin, donde la tierra era más firme,
allí donde creyó segura el agua,
se hunde lento el varal
y da en lo blando.

LA MANO DEL GIGANTE

Su mano se entregaba
desde los penetrales secos de la tristeza.
A la luz,
a los grillos venideros,
a los pájaros ciegos del verano
su mano se entregaba.
Caía desde dentro de la vida
como una lengua azul
sobre el insecto de ámbar de la infancia.
Su mano de fenómeno castrado.

Hoy dices que era un ángel.
Recompones las rosas.
Meditas hoy la lluvia
bajo su mano.
Hoy sabes
que el gigante Monchinio era un ángel castrado.

Y no nombras sus alas
para darme alegría.

TUS OJOS

En la orilla del sueño
soñaba yo un paisaje de cigüeñas,
alzadas espadañas y sed rosa.

Bajo el puente del sueño yo soñaba
tus ojos sobre el río, la mirada
del río deshaciéndose en tus ojos,
y el súbito aleteo de la nieve,
y la ronca ansiedad de las colmenas.

En la orilla del sueño

(no la orilla de cal ni de la infancia,
sino orilla del hombre tercera e insegura)
dije adiós a tus ojos como aquel olmo muerto
que agitaba sus ramas a los trenes del sur.

A la orilla del sueño, junto a la vía muerta,
apenas me miraron, tan azules, tus ojos
cuando yo me volvía sin mundo hacia las flores
y era un alba la tierra de savia y carbonilla.

LOS NIÑOS DE MOMPAYO

En primavera mueren los lagartos,
los enfermos de amor
y ciertos árboles.

Los niños de Mompayo,
en primavera,
levantan breves tumbas junto al río
con sus cóncavas manos sin leyenda.

Nunca esperan milagro
de primavera
los niños.

También mueren los pájaros.

LAS GOLONDRINAS

Cuando llegue septiembre
nos encontrará muertos.
Como quien sabe el agua,
como quien tiende el humo

desde el solar sin fe
de la mirada.

El espacio del ala,
la desnudez del día.
Cuando llegue septiembre
se habrán llevado el fuego
(nos encontrará muertos)
las golondrinas.

(de *Dentro del aire*, 1999)

MANZANAS

Arco frágil del canto.
Desde los dedos últimos del aire
el corazón de otoño:
grillos breves.

Abre otoño las aguas
sobre un fondo amarillo de manzanas.
Abre otoño las aguas y allí creces
como crece el espacio en ojos ciegos,
como crecen los labios olvidados
cuando la piel del mundo se aquieta en lo que besa.

¿Fue el gallo en su verdor
el canto nunca?

Arco frágil.
Otoño.
Grillos breves.

Tal vez la terquedad de las manzanas
o el exceso de azul en lo que mira.

DI TÚ TAMBIÉN EL AIRE

El aire.

La insistencia
del aire en las cortezas.

Nada
se abre en la luz que a otra luz lleve.

Nada

respira el grillo:
es cuna del olvido.

El bienaventurado.
El que cincela su dolor y enferma.
El que ha llorado hasta dormir la sangre.
El que en el agua entró cuando era el agua
un espejo por él abandonado.
El victorioso.

El solo.

El que no sabe.

¿Dónde acodar el frío?

No hay mirada
capaz de pronunciar el desamparo.

Ahora que el tiempo arrecia,
ahora que otro temblor nos amenaza,
di tú, negro sigilo del otoño,
como avecita que tiene pelo malo
cansa y queda,
di tú también el aire.

LA NIEVE

Miras la nieve ahora
desasida del frío y sus cortezas
y ya no ves paisaje.

Como quien desaprende los aromas
miras su largo hastío,
sus pájaros ilesos,
su asombro en la inminencia del sonido.

Miras
como quien aligera el corazón.

Pero no ves paisaje.
No remontan tus ojos
su lenta soledad inacabada,
su insomne lasitud sin impaciencia,
su amarillo de bienes y abandonos.

Miras la nieve ahora
y miras una brecha en tu mirada.

Nadie la abrió.
El canto se hace en ella.

Un pico que del aire sólo espera
el poso dulce de las lejanías.

LA LLUVIA

Es la lluvia.
Nada la habita.

Su levedad
no es ala ni morada.

La lluvia no es azul.

Oyes el frío
de lo que nunca fue raíz ni vuelo:
la voz sola del agua,
la quieta transparencia
de la desposesión.

La lluvia no es azul y, sin embargo, cantas
para abrigar la sangre con su clemente aroma.

Cuando todo es invierno,
cuando ya nada esperas
de esta caricia última del aire,
cantas la lluvia,
dices:
la lluvia no es azul.

Y acuden a tus alas
—el vientre herido, el ojo
despojados—,
memoria de otro espacio,
los colores.

UN NOMBRE

Si escucharas un nombre,
si manara hasta ti desde la arena,
despojados del último cansancio,
en toda su blancura,
si pudieras traer el hilo frágil
de su belleza breve y sigilosa
sin abrasar tus alas al nombrarlo,
tal vez la lluvia al fin resistiría.

Mas sólo oyes la tierra,
su hospitalaria sombra diminuta,
su silencio indoloro,
rubio,
ardiente,
y no puede ser cierto tanto olvido.

Era una luz hermosa.
Yo no sé recordarla,
pero aún tiento en el aire
la humedad de aquel miedo.

Encuentra tú el sonido.
No dejes que se pierda,
como su cuerpo leve,
su adiós en la corriente.

Cuando nada nos tiene, sólo quien canta puede
sostener en la nada lo poco que tenemos:

Sólo apenas un nombre.

EL ALA

Inmensa es la extensión
del ala herida.

Tú te adentras en ella.
Atiendes la palabra
que no será por nadie allí escuchada.

Tú dices la ceguera,
la blancura sin lindes
que no conoce sombra de la lluvia.

Saberse así perdido
en esta llama horizontal del canto.

Saberse no encontrado
por más que este sonido,
ebrio de soledad y de certeza,
en la oquedad del cielo
acaso exista.

El ala o el desierto.

Decir.

La huella apenas
que prepara el camino
para los pies del frío.

LOS RÍOS

Todo se va con ellos:
el corazón,
la lluvia,
el peso de las flores.

También tus alas se hacen transparentes
cuando rozan su aliento
sin cuerpo todavía.

Todo se va con ellos.
El silencio que arde en la raíz del canto
y aquel que no es promesa
porque nada ilumina.

Ahora sabes mirarlos.

Reconoces su muerte
como quien oye el vuelo
en la sombra de un pájaro.

La luz es un aroma cada día más tenue.
La luz en ti se cumple,
no termina.

Has perdido los ojos.
Ya no crees en la noche.

También la sed se marcha con los ríos.

LA LLAMA

No es silencio esta llama.
Habla desde muy lejos.
Para ella sangra el pájaro su corazón de aceite.

Ella dice lo ausente sin ruido de palabras,
con la mirada dice
de lo deshabitado.

Tú no puedes nombrarla,
todo en ella es distancia:
su nombre es tan oscuro como la inexistencia,
su luz no está del lado
fragante de la luz.

A nadie habla esta llama
sin suelo de amapolas.
Su quietud no amenaza la inocencia del aire
mientras lame las pálidas estancias del sonido.

No es dolor ni es memoria:
nada en ella se extingue
cuando torna segura
su voz hacia su centro.

Aprende tú esta música de lo que nunca ha sido.

Aprende tú a cantar
como mueren las fuentes.

(de *Grillos*, 2003)

Juan Manuel Rodríguez Tobal (Zamora, 1962), licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca, es poeta, traductor de lírica grecolatina, y profesor de latín y griego. Entre sus traducciones se cuentan Safo. *Poemas y fragmentos* (Madrid, Hiperión, 1990, 5ª Ed. 2003), Catulo. *Poesía completa* (Madrid, Hiperión, 1991, 5ª Ed. 2003), Safo. (Grijalbo Mondadori S.A. 1998), Catulo. *Algunos versos más desvergonzados* (Grijalbo Mondadori S.A. 1999), Ovidio. *Arte de amar* (Madrid, Hiperión, 1999, 2002), Anacreonte. *Poemas y fragmentos* (Segovia, Pavesas, Hojas de Poesía, 2000), *Algunas canciones de la lírica popular y de banquete de la Grecia arcaica* (El Extramundi y los papeles de Iria Flavia, 2004), *El ala y la cigarra -Fragmentos de la poesía arcaica griega no épica-* (Madrid, Hiperión, 2005) y Teognis. *Elegías* (Casa del Traductor, Tarazona 2006). En prensa se halla una traducción de *Bucólicas* de Virgilio. Como poeta ha publicado *Dentro del aire* (Sevilla, Algaida, 1999; Premio Ciudad de Badajoz), *Ni sí ni no* (Madrid, Hiperión, 2002) y *Grillos* (Madrid, Rialp, colección Adonáis, 2003) libro por el que obtuvo el Premio Internacional de poesía San Juan de la Cruz.
